

VERSO 5.

*No queráis considerarme que soy trigueña,
porque el sol me ha estragado el color.*

Celebra este divino Cántico en varias partes la hermosura de María, pues unas veces la llama hermosa; otras, toda hermosa; y otras, hermosísima entre las mujeres; y como no parece compatible con tanta hermosura lo trigueño, ó pálido ó descolorido de la cara, por eso dice aquí la hermosísima Virgen: «No queráis admiraros, no os pongáis á considerar con extrañeza mi semblante, que no ostenta ahora su hermosura, sino un color afeado y moreno. No es este mi color natural, blanco y terso; es efecto del sol que con sus rayos ha ennegrecido mi semblante.» Y en efecto, es muy de admirar que una criatura tan hermosa como llena de gracia, y tan inocente y cándida como la luna en noche serena, haya podido ser presa del dolor, oscureciendo la luz de su alegría con unos sufrimientos que la in-

teligencia del hombre no alcanzará á concebir. Los ángeles y los santos se llenaron de pasmo, cuando vieron lo que canta la Iglesia. «La Madre estaba llorosa, junto á la cruz, dolorosa, de donde el Hijo pendía.» Y á esta justa admiración, angélica y humana, de ver á la inocente padeciendo como pecadora, y la llena de gracia, llena de dolores, á la cándida luna ennegrecida y afeada, ella se digna explicarnos la causa de sus penas, diciendo: «No queráis considerarme que soy morena, porque el sol me ha estragado el color.» Si Jesucristo, Sol de justicia, está oscurecido con las sombras de la muerte, ¿qué mucho que la luna se oscurezca, pues la luz que recibe le viene toda de él, si los pecados del mundo le causan la muerte? ¿qué mucho que á su Madre, que es su asociada en la obra de la Redención, la acometan mortales dolores?

Y aquí es muy de considerar, almas cristianas, lo profundo de esta semejanza: porque así como la luz de la luna, toda le viene del sol, y de él depende en su claridad ó en su negrura, así en María santísima, formando una pareja con Je-

sús, Redentor, en contraposición de aquella primer pareja de Adán y Eva, vino á deshacer los yerros de aquella primera madre nuestra: «Mudando en Ave, el triste nombre de Eva», como lo canta la Iglesia; así, unida continuamente la Virgen con su Hijo divino, participaba de sus penas y dolores, uniéndolos íntimamente con los del Redentor, y ofreciéndolos con los suyos para la redención del mundo. Por eso dice: «el sol me ha estragado el color.» En la lengua hebrea significa también: «porque el sol me clavó la mirada»; lo que nos da á entender, que entonces fué muy vehemente el dolor de la afligida Madre, ya cuando encontrando á su Hijo en la calle de la amargura, entrambos se miraron, y fueron sus ojos como dos saetas con que se atravesaron mutuamente los corazones; y también cuando en lo alto de la cruz, al hablar el Señor á su santísima Madre, para entregarnos por hijos, le atravesaba el alma con una tiernísima mirada. Mas tiene otro sentido la lengua hebrea, pues quiere decir también: «el sol me desdeñó, el sol me miró oblicuamente»; y en-

tonces pudo decir la Virgen María: «No os admiréis al verme morena, porque el sol me ha desdeñado», cuando su divino Hijo, escondiéndose en sus miradas, se separó de ella quedándose en Jerusalén. ¡Oh, y cuán grande fué el dolor de la amantísima Madre en esta circunstancia! Entonces, buscando al Niño por las plazas y las calles, podría decir á las hijas de Jerusalén: «No os admiréis al verme andando en los rayos del sol, quemada la tez, llorosos los ojos, y desgarrado el corazón, porque el sol de mi vida, la luz de mi existencia me ha desdeñado; Jesús se ha separado de mí, y no puedo encontrarle.» Y así, este verso corresponde al mismo tiempo al dolor de la santísima Virgen en la pérdida de su Hijo, y al dolor de su muerte al pié de la cruz.

Finalmente, así como la luna en comparación del sol y delante de él, no ostenta su luz y aun se mira sombría, así la santísima Virgen, durante su vida apareció como ofuscada y sin brillo, y sin obrar milagro alguno, porque convenía que Jesucristo luciese y fuese conocido. «No os admiréis de verme escondida, si-

lenciosa y sin brillo, porque mi Hijo, Sol divino, con sus rayos me ofusca, y ante él palidezco y nada soy.» Y si antes nos muestra la Virgen su paciencia en los tormentos, en esto último nos muestra su profundísima humildad.

*Los hijos de mi madre pelearon
contra mí; pusieronme
por guarda de viñas: mi viña no guardé.*

Sigue hablando la Virgen santísima, y dice el motivo por qué el sol le ha estragado el color; por qué los hijos de su madre, sus propios hermanos, pelearon contra ella, obligándola á ir á cuidar las viñas ajenas, teniendo que abandonar la suya propia, y recibiendo los ardientes rayos del sol al tener que andar recorriendo los setos y las campiñas. Y aunque no se lee que á la Bienaventurada Virgen la hayan perseguido en su persona los judíos sus hermanos, pues ni aun á los Apóstoles dejó el Señor que persiguiesen, mandando á los soldados en el

huerto que los dejasen ir libres; pero no obstante, quien persigue á un hijo, persigue á su madre; quien pelea contra el hijo, pelea contra la madre; y por eso el Abad Ruperto hace hablar de este modo á nuestra Señora: «Pelearon contra mí con guerra de palabras y con saetas de lenguas blasfemas, y yo tenía un cuidado especial de mi pueblo; y la maldad de estos hombres me hizo llevar á otras partes mis cuidados; mas el Señor, en vez de una viña me ha dado muchas para cultivarlas y guardarlas: todos cuentan conmigo y desean mi protección; todos claman á mí solicitando mi intercesión para con mi Hijo.» De notar es que cada cristiano tiene en su alma una viña que Dios le manda guardar, y que perseguidos por dentro por nuestros apetitos, y por fuera por los demonios, la abandonamos para ocuparnos en ajenos cuidados que no nos tocan, y damos por frutos «uvas de hiel y racimos amarguísimos, como dice la Escritura» (Deuter. XXXII. 32). Pero tenemos á la celestial viñadora, á la que llamamos Auxilio de los cristianos y Refugio de pecadores, y

á Ella acudiremos confiados, pues como encargada de las viñas de nuestras almas, no dejará que las bestias infernales las conculquen y destruyan.

VERSO 6.

Dime tú á quién ama mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al medio día, para que no comience á vagar tras los rebaños de tus compañeros.

Considerando la esposa que por el mucho andar en los campos á los rayos del sol se ha puesto trigueña, piensa acogerse al lado de su esposo, y por eso le pregunta que dónde se encuentra, principalmente al medio día, que es el mayor calor, para no verse obligada á andar vagueando tras de otros pastores. Y como el guardar viñas, es decir, gobernar á otros y tener cuidado de las almas, pertenece á la vida activa, de aquí es que el querer acogerse con el Esposo, no vagueando mas, quiere decir, apartarse de la vida

activa para entregarse á la contemplativa.

Sabido es que Marta, andando y dando vueltas por la casa, es figura de la vida activa; mientras María Magdalena, su hermana, sentada á los pies de Jesucristo y oyendo sus divinas palabras, es un hermoso emblema de la vida contemplativa. Ahora bien; María nuestra Madre, á imitación de su divino Hijo, vivió de las dos vidas, pues todo el tiempo que duró en el templo, trabajaba y contemplaba, y mientras vivió al lado de su castísimo esposo, al mismo tiempo hacía las labores de su casa y contemplaba las cosas eternas; de aquí es que tenía que pasar muchas veces de la acción á la contemplación. Y de esto habla aquí la Virgen santísima, diciendo al Señor con cordial afecto: «Dime tú que eres el esposo, á quien ama mi alma más que á sí misma, porque tú eres mi alma y mi vida; dime dónde apacientas, dónde descansas al medio día; cuando los ardores del sol son más vivos; cuando el calor llega á su colmo; cuando el bochorno entorpece hasta los movimientos, es decir, ya sea en el

ardor de la tribulación, que es cuando más nos sentimos inclinados á buscar al Señor; ó mejor en el ardor del amor y de la caridad, pues cuando el corazón se siente encendido en ese fuego divino, aspirar al Señor con toda su fuerza, dirígele tiernos suspiros, y le busca y le llama con ardorosas palabras, como lo hacía Santa Teresa de Jesús y la Bienaventurada Margarita. Pero nadie ha igualado ni podrá igualar jamás el encendido amor de la Virgen Inmaculada; y nadie ha mandado al cielo más vehementes suspiros. Y así, en sus mismas ocupaciones exteriores, preguntaba á su muy Amado dónde se encontraba, dónde podría hallarlo en el fuego del medio día que la abrasaba, para unirse luego con él en contemplación y no tener que andarle buscando tras de los rebaños de sus compañeros, es decir, tras de los ejemplos de los justos antiguos ó tras las inspiraciones de los ángeles. Por lo demás, el medio día en que se busca al Señor, significa, ya la claridad de su predicación, ya la hora de su crucifixión, ya el esplendor de su gloria. Y en todos estos gra-

dos le busca, y le adora y le ama la Virgen María. Y aún dicen los doctores, que ella misma fué como el medio día, siendo encendida é ilustrada por el Espíritu Santo, y en la cual se halló el Señor morando en su castísimo seno, descansando en su humildad y apacentándose en su castidad. El Abad Ruperto juzga que esto conviene á la Virgen María cuando andaba buscando á su Hijo perdido en Jerusalén, pues entonces andaba como vaguando por las casas de los parientes y amigos, hasta que le halló en el templo, significado por el medio día, porque en él se encuentra la luz de la verdad y el ardor de la predicación; y allí estaba el divino Niño, á quien amaba su alma, apacentando á aquellos viejos doctores con el pasto de su palabra. Y aquí es de notar que los rebaños ajenos, significan la multitud de las criaturas tras de las cuales anda el alma como vagabunda, siempre que pone su corazón en ellas, y corre tras ellas, y desordenadamente las ama. Y aun los asuntos y negocios de la tierra, si no los emprendemos en Dios y por Dios, también nos distraen, nos ocu-

pan y nos hacen vagar lejos del sumo Bien, al cual debemos buscar como fin, no tomando á las criaturas más que por medios, como admirablemente lo declara San Ignacio en el libro de sus Ejercicios. Así, la Virgen Santísima nos enseña aquí á buscar á Dios sobre todo, á tenerle en el fervor de la caridad, y á apartarnos, no sólo de los herejes, los falsos compañeros del Señor, sino de todas las criaturas, negocios y entretenimientos, que nos hacen andar vagueando lejos de nuestro último fin. Y nos enseña también á buscar á Jesús con grande empeño si tuviéremos la desgracia de perderle.

VERSO 7.

*Si no te conoces, oh hermosísima
entre las mujeres, sal y camina tras las
huellas de tus rebaños, y apacienta tus
cabritos junto á las tiendas
de tus pastores.*

No sólo es necesario el conocimiento de nuestra bajeza para humillarnos, sino

también el conocimiento de nuestra grandeza por la gracia, para alentarnos y excitarnos á la gratitud y al amor. Y por eso aquí el Esposo, junto con los jóvenes, sus compañeros, dicen á la Bienaventurada Virgen: Si no te conoces, ¡oh hermosísima entre las mujeres! como si le dijeran: tú confesaste, ¡oh Señor! que el Señor miró la bajeza de su esclava; pero el Señor quiere que conozcas también y confieses que te ha hecho la más hermosa entre las mujeres, llenándote de gracias, dones y virtudes sobre toda criatura. Y por eso el ángel te dijo: Bendita entre las mujeres, y te llamó graciosa y llena de gracia. Y si tu profunda humildad te oculta tu grandeza, sal, Señora, de lo interior de tí misma, y camina tras de las huellas de tus rebaños; mira las virtudes y escucha las alabanzas que te tributan las Ordenes religiosas que te están consagradas y que son como tus rebaños que te reconocen como su Pastora.

En tu vida caminaste delante de ellas dejándoles tus ejemplos; ahora camina tras de ellas como el pastor tras de sus

ovejas, dirigiéndolas y amparándolas. Pero no sólo tienes estos rebaños de ovejas blancas y puras, candidas é inocentes; también tienes, ¡oh Reina! unos pobres cabritos, esto es, los pecadores de mal olor, que también son tuyos, porque son tus devotos; también á éstos apaciéntalos junto á las tiendas de los pastores; llévalos á los ejemplos de los santos; apaciéntalos con los ejemplos de tus fieles siervos, para que de cabritos pestilentes é indómitos se truequen por tu auxilio en mansas y dóciles ovejas. ¡Dulce esperanza y grande consuelo para los pecadores, que María no nos desampará, sino que siguiendo la exhortación del Esposo, nos apacentará junto á sus amantes y fieles siervos! Es muy sabido que Santa Matilde vió á nuestra Señora, que debajo de su manto extendido abrigaba muchas bestias fieras que iban llegando, y con benigno semblante, dulcemente las acariciaba, como solemos hacer con nuestros animales domésticos, y con esto significaba cuán blandamente acoge á los pobres pecadores.

Refiérello, entre otros, San Alfonso de

Ligorio, en su precioso libro de «Las Glorias de María.»

VERSO 8.

*A mi caballería en los carros de Faraón
te asemejé, ¡oh amiga mía!*

Muy extraño parece, entre nosotros, el comparar una persona con un animal, pues parece cosa no sólo de mal gusto, sino en cierto modo hasta ofensiva; pero en el Oriente se acostumbran estas comparaciones; y por eso no se ha de extrañar que en este Cántico, en el que todo es campestre, se compare á la esposa con la caballería en los carros de Faraón, esto es, á lo que llamamos aquí el tiro de un carruaje; y además, que en la lengua hebrea, mejor que decir «te asemejé», parece expresar «te alabé», es decir, viéndote en las carrozas compradas á Faraón, arrastradas por hermosos caballos egipcios, te admiré y te colmé de alabanzas. Y ya se ve que en este caso no hay comparación, sino que sólo se

realza la hermosura de la esposa, considerándola de paseo en un coche elegante y riquísimo. Mas, ¿qué, pues, quiere significarse con esta frase? Muy bien podemos entender que María santísima es aquí comparada con esta carroza real; pues en efecto, así como una carroza del rey, dentro de la cual se ostenta, llevando su corona y adornado con regias vestiduras, llama la atención del pueblo, atrae sus alabanzas y parece que realza la nobleza y majestad real, así la Virgen santísima, dentro de la cual quiso encerrarse el Verbo eterno con la vestidura y corona de nuestra humanidad, llama la atención de los siglos y portando al Rey eterno por todas partes, nos da á conocer su hermosura y mansedumbre. Así, como real carroza, la Virgen María lleva encerrado al divino Niño, Rey de los siglos y Príncipe de la paz, le transporta á través de las montañas ásperas de la Judea, á la casa de Zacarías é Isabel, donde el Rey soberano va á hacer su primera conquista, arrebatando al niño Juan de las garras del demonio, y santificándolo en el seno materno. Después á

la vuelta para Nazareth, la Virgen santísima le transporta de nuevo dentro de su seno; y al partir de Nazareth para Belén, ya cercano su virginal alumbramiento, siempre le sirve de blanda carroza, pero carroza viviente y animada, que con inmenso amor le porta y le sustenta. Y cuando lo lleva á presentar al templo, y cuando le vuelve á su casa, y cuando le transporta al lejano Egipto, siempre es ella la carroza que lleva consigo al Dios Salvador. Y en los nobles animales que tiran de la carroza han visto los Padres significada la docilidad y obediencia del alma, lo mismo que su celeridad en el divino servicio. En efecto, los briosos y mansos animales no sólo corren con harta velocidad, arrastrando á la carroza cuando á ello se les excita, sino que paran inmediatamente cuando se les detiene, suben las cuestas, bajan á los llanos, vuelven á la derecha ó á la izquierda al menor movimiento de las riendas del que los gobierna; y de la misma manera el alma, y mucho mejor que todas, el alma de la santísima Virgen, obedece con toda perfección al Espíritu Santo que la diri-

ge. ¿Queremos ver su celeridad? Oigamos al Evangelio: «Levantándose María marchó con apresuramiento á la ciudad de Judá.» ¿Queremos conocer su docilidad? «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.» ¿Deseamos admirar su entera sujeción? veamos cómo levantándose José á la media noche, tomó al Niño y á su Madre, que no pone el menor obstáculo, y se dirige por largos caminos á una tierra inhospitalaria y enemiga. La Virgen María, cuando se la llama á la derecha vuelve á la derecha, consintiendo en ser la Madre del Verbo humanado; y cuando se la llama por la izquierda, obedece en el momento, caminando ahora al Egipto y después al Calvario. Y si algo queremos saber de la hermosura de esta real carroza y del noble ejército que la acompaña, oigamos á David su antecesor, como la anuncia: «La carroza de Dios multiplicada en diez millares; millares de los que se alegran . . . y el Señor en su Santuario.» (Ps. LXVII. 18.) Diez mil ángeles puntualmente, dice la Venerable Madre Agreda, que fueron deputados por Dios

para la guarda de la santísima Virgen. Esta era la tropa de honor que acompañaba la celestial carroza, y ella era el santuario donde estaba el Señor; y nada extraño es que los santos ángeles se llenasen de alegría, viendo á su Rey en brazos de la Reina; á Jesús, Verbo divino, ya en el seno, ya en los brazos de María su augusta Madre.

San Bernardo y el Abad Ruperto con otros doctores creen que se trata en este verso de los carros de guerra, y que la santísima Virgen, como valerosa combatiente, ha combatido y postrado primeramente á Lucifer, y en seguida á los herejes sus secuaces, por lo cual canta la Iglesia diciéndole: «Señora, tú sola acabaste con todas las heregías.» Y así la Virgen María, benigna y mansa para con sus hijos, es terrible como un ejército para con sus enemigos, como en otra parte lo dice este mismo Cántico divino. (Cant. VI. 3.)

VERSO 9.

*Hermosas son tus mejillas,
como de tórtola; tu cuello como collares
de perlas.*

Estas alabanzas que da el Señor á su Esposa, celebrando su cuello y sus mejillas, y en otros versos otros varios miembros de su cuerpo, no se deben entender al pie de la letra en sentido material, aunque la Virgen santísima realmente haya sido muy hermosa aun en su castísimo cuerpo; sino principalmente se trata en el Cántico, de las virtudes, dones y prerrogativas del alma, significados por los órganos ó miembros corporales. Veamos, pues, qué significan aquí las mejillas y el cuello. Notan los doctores que en las mejillas suele pronto asomar el pudor; es decir, que subiendo á ellas la sangre enviada por un golpe del corazón, tiñe la piel y se asoma á las mejillas poniéndolas sonrosadas; y así suele observarse en muchas jóvenes, que tan

sólo con dirigirles la palabra se las ve sonrojarse. De aquí es que por las mejillas se significa el pudor y la vergüenza. Cuando el ángel saludó á nuestra amada Madre, dice el Evangelio que ella se turbó en sus palabras, pues el ángel, aunque espíritu puro, le apareció, como declaran los santos, en forma de un joven que le hablaba con palabras materiales, y por eso fué su turbación; por lo cual dice San Ambrosio á las vírgenes cristianas: «Aprended aquí la vergüenza, aprended el pudor.» Y estas eran, pues, las mejillas de la Virgen santísima, que alaba aquí el Esposo por su belleza. ¿Mas, por qué se comparan con las de la tórtola, oscura avecita que nada tiene de hermosura? Para explicarlo es de saber que tres cualidades notan en la tórtola los doctores: la primera va á decírnosla el gran Papa San Gregorio: «La tórtola, explica el santo, después que una vez ha perdido á su compañero, jamás vuelve á aparearse con otro; mas habitando siempre solitaria, persevera gimiendo como por buscar á su amante compañero, á quien ya no encuentra; y de este modo

el alma santa, cuando se ve ausente de su Esposo, no por eso se olvida de su amor, sino siempre anhela y gime por su deseo, y no encontrando al que tanto ama y apartándose de todo ageno amor, muestra cómo en la vergüenza de sus mejillas y aun en el hábito y acto exterior la castidad de su corazón.» Y San Bernardo exhorta hermosamente á su hermana, diciendole: «hermosas sean tus mejillas como de tórtola. La naturaleza de esta avecilla es tal, que si por alguna circunstancia pierde á su consorte, no vuelve á buscar otro jamás.

¡Oh Esposa de Cristo, haz tú por parecerte á esta tórtola, para que nunca busques otro amador fuera de Nuestro Señor Jesucristo!»

La segunda cualidad de la tórtola, es su amor á la soledad, y así pone su nido en lugares apartados, donde sus enemigos no la persigan. Así la Virgen María, vivió muchos años en el templo, y después en la soledad de su morada en Nazareth, y sobre todo, es tórtola en su soledad después de la muerte de su Hijo.

Mas veamos cómo exhorta San Bernardo al alma en el particular: «Siéntate solitaria como la tórtola: nada á tí con las turbas; nada con la multitud de los mundanos. Olvida aún á tu pueblo, y á la casa de tu padre, y codiciará el rey tu hermosura. ¡Oh alma dichosa! procura estar sola para que á uno solo entre todas te entregues y consagres, ya que á él solo entre todos escogiste. Huye del público, huye de los mismos de tu casa, aléjate de tus íntimos y amigos, y aun de los mismos que te sirven, pues ya sabes que tienes un Esposo pundonoroso, que no quiere alegrarte con su presencia delante de nadie.»

La tercera cualidad de la tórtola es el duelo y los gemidos, pues en lo más apartado de los bosques, noche y día gime y llora inconsolable su viudedad. Así la Virgen Santísima, siempre lloró la muerte de su Jesús, y al pié de la cruz como triste tortolilla, lloraba amargamente la muerte de su amado. La tórtola, dicen los santos, representa al alma grave, compuesta en sus palabras, dada á la oración y á la compunción, que gi-

me y llora sus culpas y las ajenas, y se entristece por la ausencia del Esposo.

«Tu cuello como collares de perlas.» El cuello, que junto con las espaldas sustenta las cargas y pesos, significa la paciencia y la prontitud en llevar la carga de los preceptos y el yugo de los consejos evangélicos, pues el yugo sabido es que lo llevan los animales en el cuello. En la Sagrada Escritura, el cuello duro, significa un ánimo rebelde y contumaz, como cuando dice Isaías: «Sé que tú eres duro y tu cerviz es un nervio de fierro.» (Isaí. XL. VIII. 4.) ¿Pero quién más paciente, más constante y más dócil para llevar la carga de los mandamientos, que Aquella que no los quebrantó jamás ni en lo más mínimo? ¿Qué cuello más rendido al yugo de los consejos que la que hizo primero que nadie aquellós tres votos preciosísimos de pobreza, castidad y obediencia?

Y el cuello de la esposa se compara á collares de perlas, porque todas las palabras que salen por él, son palabras amorosas, celestiales y preciosas, que le adornan y ennoblecen. Es de saber que las

mujeres del Oriente son muy amantes de traer colgados al cuello uno ó varios hilos, ya con monedas de plata ú oro, ya de perlas ó de otras piedras brillantes, collares que caen al pecho y abajo de él. Y esta es una parte de su atavío, que realza mucho su hermosura. A estos collares hace alusión este verso; pero es extraño que no dice: «tienes ó muestras hermosos collares, los luces ú ostentas»; sino «tu cuello es como collares»; quiere decir, es tan bien formado y tan hermoso, que no necesita nuevos adornos, sino que él, por sí mismo, es luciente y agraciado como los mismos atavíos. Por el cuello, pues, entienden los santos la paciencia y la humildad, porque en el cuello suelen llevarse las cargas y se doblega en la cabeza en señal de sumisión; y así dice San Ambrosio: «Alábase aquí al alma que con el esplendor de los preceptos se muestre hermosa y agraciada, que en su semblante deje ver el pudor de la castidad, y rodeado de cadenillas alce su cuello, mostrando en esta forma la paciencia y la humildad.» La Santísima Virgen acaba de

ser comparada con la tórtola, y es de saber que esta ave con la paloma y otras aves, tienen el cuello formado de tal manera, que pueden volver el pico y la cabeza completamente hacia atrás, formando un círculo entero, lo que hizo la Providencia para que puedan oprimir los cañones de sus plumas, de donde sale una especie de óleo con que las ungen, haciéndolas impermeables á las lluvias. ¿Y no podremos decir, que por esto se significa que la Virgen María, vuelve la vista por todas partes, adelante hacia los justos, atrás hacia los pecadores, y que extrae con sus preces el óleo de la divina misericordia para participarlo á sus hijos y libertarlos de las lluvias de la ira divina?

Ciertamente; y por eso celebramos su cuello como lleno de primores y de riquezas, diciendo: «Tu cuello es como collares de perlas.» Pero, que ¿su esposo no le dará estas joyas, y dejará desnudo su cuello, aunque tan hermoso? Veámoslo en el verso siguiente:

VERSO IO.

Cadenillas de oro haremos para ti, adornadas con gusanillo de plata.

Según otra traducción, se dice: «te haremos convenientes adornos con chispas ó clavos de plata»; y en nuestra traducción se llaman murenillas de oro, porque hay un pececillo que se llama murena, que tiene hermosas manchas de oro y se revuelve sobre sí mismo como formando un círculo; y á imitación de ese pez se fabricaban unos collares ó cadenas, á la manera que ahora usan las jóvenes unos adornos entre el brazo y la mano figurando serpientes enroscadas, uso por cierto indigno, pues la serpiente es símbolo del demonio. Las murenillas, no sólo se hacían para el cuello, sino también para los oídos y los brazos; y por esto, al decir aquí, te haremos murenillas, podemos entenderlo de todas esas clases de adornos; y aun doctores hay que lo han entendido de las fajas pectorales, ó